

muy leve, y en puntos de poca importancia, que nada conducen á la investigacion de la verdad histórica, mas desde esto se encuentra una diferencia sumamente notable, que perjudicaria á la exactitud de los hechos si mereciesen igual concepto Herrera y el Inca Garcilazo de la Vega. Pero quien conoce á Herrera, al cronista del emperador, quien sabe el aprecio que debe hacerse de su testimonio indigno de entera fé, y recusable en esta materia, así como el del padre Calancha, puede muy bien dar crédito á Garcilazo despreciando á los otros.

Refiere Herrera que hechas y ajustadas las capitulaciones entre el virey y Manco, este que solo las habia propuesto como un ardid, salió con miras hostiles, dispuesto á combatirse con aquel, pero que descubiertas las depravadas intenciones porque llegó á emplear las armas, y á punto ya de acometer á los españoles, uno de los que en su compañía estaba le dió muerte, mas no con alevosía. He aquí segun Herrera muerto á Manco en castigo de su perfidia.

No del mismo modo se espresa Garcilazo, casi contemporáneo del Inca, de su propia nacion y afecto á los españoles, en medio de los cuales vivia, y en cuyo pais contaba los sucesos del Perú. Despues segun este, que se habian ajustado en proposiciones amistosas Manco y el virey terminadas las diferencias que los desunian, y que estrechaban al primero á vivir en

la soledad á usanza de fieras, y ya ratificados los convenios por parte de Manco que aguardaba otro tanto respecto del virey, á fin de aprovecharse de ellos, solazándose un dia con un juego de bolas, por haber lastimádole con un casualmente Gomez Perez, uno de los que con él estaban refugiado de Blasco que le habia perseguido de muerte, volvió airado reprendiéndole, y esto hizo al ingrato Gomez que resentido diera un golpe al Inca, de que murió. Así terminaron los aciagos dias del mas desgraciado y último de los monarcas peruanos, y como es de suponerse, disgustó tal atentado sobremanera á sus parientes, quienes irritados al pronto, vengaron su fatal fin, dando muerte á su alevoso asesino. Despues, desconfiando de los demas españoles, rompieron los tratados convenidos con el virey, y permanecieron remontados en Villalcamba, hasta la infausta ejecucion de Tupac Amaru, si bien por este se abstuviéron de cometer violencias en los caminos, á quienes ya no molestaron mas. Las cosas del Perú en tanto no caminaban con menor ventura, asesinado Blasco y los principales que le hacian la guerra, posesionados del mando de que fueron privados pasado algun tiempo, pero sin volver á la obediencia de que á cada paso se separaban, acostumbrados ya á la insubordinacion y al estado de rebelion continua.

CARLOS M. SAAVEDRA.

### GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

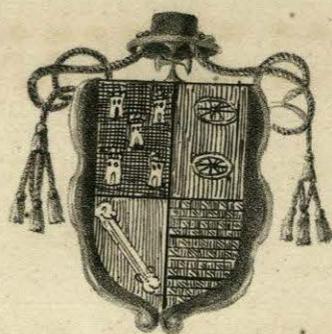
## D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA

Obispo de Yucatan, gobernador de la Nueva-España. Desde 1648, á 1649.

1648.—1649.

**M**EMOS dicho que gobernando el conde de Salvatierra, y á tiempo aun que peleaban los jesuitas, en los dias de reconciliacion llegó el nombramiento de gobernador puramente de la Nueva

Virey Mexicano



D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA

30 Virey de la N. E.

va España, á D. Marcos Rueda. Si no fueron las conferencias privadas que tenia con el venerable Palafox, y una con el padre Luis de Velasco de la compañía, á quien por aquella molestaba y con quien por la visita de su provincial se reconcilió, nada mas ocurrió si no fué la suspensión de la obra del desagüe que decretó; de una obra, por la que tanto se empeñaron muchos vireyes y de que tanto bien aguardaba México. Esto indispuso los ánimos de los mexicanos que le comenzaron luego á ver mal,

pero para bien de la ciudad, el cielo le arrancó del mando muy presto, pues que habiéndose hecho cargo de él en 13 de marzo de 648, dejó de existir el 22 de abril de 49; hizosele un suntuoso entierro en la Iglesia de S. Agustin, donde le fué dada sepultura, con asistencia de todos los tribunales, ayuntamiento, clero secular, comunidades religiosas y corporaciones así eclesiásticas como seculares.

CARLOS M. SAAVEDRA.

## UN DIA DE CAMPO EN CHAPULTEPEC.



OY á contarte, querido lector, una historia que aunque te enfades la has de oír hasta el fin. Es el caso que dias pasados me convidaron á pasar un dia de campo, y á pesar de que no me gustan estas francachelas, acepté gustoso por venirme el convite de una persona muy apreciable para mí: convenimos que iria á alcanzarlos á Chapultepec, lugar destinado para la diversion; mi intencion fué irme solo, á caballo para poder con mas libertad venirme á la hora que mejor me pareciera; pero por mi desgracia no sucedió así, porque las hijas de D. Saturio (este era el nombre del sugeto que me habia convidado) que tenian mas confianza conmigo, me comprometieron para que las pasease á caballo.

—Manuelito, qué tal anda su caballo de V?

—Bien, les respondí.

—Será muy brioso ¿no es verdad?

—Algo; pero es muy manso.

—Ay! Manuelito quiere V. que montemos un rato?

—Con mucho gusto, (pero maldita la gana que tenia yo de pasearlas).

—Papá, gritaron á la vez las dos niñas, ¿quiere V. que montemos á caballo? es muy manso.

La respuesta del papá fué afirmativa, y entónces se siguió una disputa entre cuál de las dos habia de montar primero.

—Manuelito, yo monto primero.

—No, sino yo.

—Pues que diga Manuelito quién ha de ser primero.

—Cualquiera, les dije, al fin las dos han de montar. Vaya Concha; y diciendo esto la senté en la silla, yo me monté en las ancas, cogí la rienda y echamos á andar.

—No tan despacio Manuelito.—Le levanté la rienda al caballo para que anduviese mas recio.

—¡A que buen! Ahora un galope.

—Vamos un galope.

—Ya está Manuelito, porque me desvanezco.

—¿Quiere V. apearse?

—No, todavía no, vamos á dar una vuelta por todo el bosque; pero despacio.

—Muy bien.

—¿Qué tal ando á caballo?

—Perfectamente.

—A mí me gusta muchísimo andar á caballo.

—Tiene V. razón.

—Papá me ha prometido comprarme uno.

—Me alegro.

—A V. no le gustará llevar mugeres á caballo, ¿no es verdad?

—Si me gusta cuando son hermosas como V.

—A que Manuelito tan bromista!

—No, no es broma, lo digo de corazón.

—Pues por cierto que soy bastante fea.

—V. no puede ser juez de su propia causa.

—Y cuando se casa V.?

—Cuando encuentre una muger que reúna las cualidades que V. reúne.

—Pues en ese caso, pronto la encontrará V., porque mis cualidades son bastante comunes, (y en esto decía la verdad).

—No tal, Conchita, V. se hace muy poco favor.

—V. buscará una muger hermosa, rica, que sepa muchas cosas, que sepa discurrir como V. dice.

—Que sea una licurga, ¿no es esto?

—No entiendo lo que V. me dice.

—Que charle de todo sin saber lo que habla.

—No, no es eso lo que quiero decir, sino que sepa bordar, que sepa coser, que sepa....

—Que sepa comer, beber y dormir.

—A que Manuelito! no es eso... yo... mire V. no sé nada, absolutamente nada; y por eso quisiera un marido que me enseñara muchas cosas.

—Si, V. lo que quiere es un preceptor.

—No, no; pero si un hombre que supiese alguna cosa, v. gr. como V.

—Pero si yo no sé nada; mucho iba V. á negociar con un marido semejante.

—Ojalá y yo lo encontrara.

—Quiere decir que se casaría V. gustosa conmigo?

Concha se puso como un carmin, y me respondió con una agitación que procuraba disimular. A que Manuelito!... Vdes. los hombres son muy malos, interpretan las palabras de una manera....

Conoció que la conversacion iba tomando un giro que tal vez me llegaría á comprometer; porque al fin yo era hombre y ella bastante hermosa, y no hubiera sido extraño que se me enredasen las espuelas; despues sería el llanto y el crugir de dientes. Así es que, cortando de golpe la conversacion, le dije: me parece que nos hemos dilatado mas de lo regular, y su papá de V. no ha de estar muy contento de nuestra tardanza.

A Conchita no le agradó mucho esta inesperada transicion, y se puso pálida, no sé si se-

ria de cólera, el caso es que me respondió friamente: es verdad, apresuremos un poco el paso: así lo hice y pronto nos reunimos con el resto de la familia. Por fin llegaron, nos dijo Saturio; me tenían ya con bastante cuidado, vamos á almorzar que ya es tarde.

—Yo creí que se habían ido para México, me dijo Pepita, con algo de mal humor.

—Pues no hemos salido del bosque, le contestó Concha; lo que sucedió fué que Manuelito me iba contando muchas cosas muy divertidas, las cuales me distrajeron de tal manera que dejamos andar al caballo á su discrecion.

—Me alegro que le haya divertido á V. en conversacion, le dije á Conchita.

—Aunque á él no le ha divertido la mia continuó ella.

—No me haga V. ese agravio, la dije.

—Yo creo, me contestó, que cuando se dirige á una persona con la palabra en la boca, es porque....

—Porque no se le quiere contestar, respondió vivamente Pepita: tales serian las sandeces que ensartarias.

—No hay tal cosa, le dije, su hermana de V. habla con mucho juicio.

—Ni la burla me perdona; muchas gracias Manuelito.

—Ya está de querellas, á almorzar y quitados de ruidos, dijo Saturio, con tono de autoridad.

—Pues bien, dije yo, para quitarles el campo voy á hablar hasta que se me caiga la campañilla.

En efecto, empecé á charlar y á decir cuanto se me venia á la cabeza: la conversacion se generalizó, y todos se pusieron de bellísimo humor. Conchita olvidó cuanto habia pasado. Pepita me advirtió que no habia desistido de montar tambien á caballo, y que acabado fuese el almuerzo, saldriamos á dar un paseo lo que le prometí muy formalmente; y por eso, luego que se acabó el almuerzo, se fuere á dar un paseo por las albercas. Pepita me recordó mi promesa, la cual fué fielmente ejecutada durante nuestro paseo, nuestra conversacion fué diferente de las que habia tenido con Conchita; en este todo se nos fué en admirar la pulencia de los árboles, la amenidad del terreno, la hermosa perspectiva que ofrecía el valle desde la cima de la colina. Esta perspectiva deliciosa: considerate querido lector una llanura, cubierta de árboles frondosos, al oriente se percibe un canal, que, partiendo del lago de Chalco y pasando por uno de los suburbios de la capital, va á descargar sus aguas en el lago de Texcoco: estos dos lagos están

hacia la parte oriental, y parecen una banda azul tirada al pié de las colosales montañas que cortan por aquella parte el valle, entre las cuales sobresalen el Popocatepetl y el Ixtachiquatl, cubiertos de perpetua nieve: México se ve en el centro de este valle, multitud de torres y miradores se descubren, pero sobre todos ellos sobresalen las dos torres gigantescas de la Catedral. Cuántas veces he exclamado desde la cima de Chapultepehl, ¡cuán delicioso es el valle de México! Pero volvamos á mi compañera de paseo, que ya se habrá cansado de admirar á la naturaleza, y así era en efecto, cuyo motivo nos apeamos y nos fuimos á reunir con los demás á una glorieta en donde habia formado un bailecito.

—A bailar, á bailar, nos gritaron todos al vernos.

—Manuelito trae ya hasta su compañera, dijo Conchita.

—Yo no sé bailar, le contesté.

—Pues es preciso que todos bailen.

—Esa ley debe de comprender solo á los que sepan.

—A todos, contestó Conchita, porque conque sepa su compañera de V. basta.

—No basta, porque á pesar de que lleve una compañera que sepa, no puede evitar el que yo eche á perder las cuadrillas.

—No tenga V. cuidado, me dijo al oido Pepita, yo le iré diciendo á V., ademas de que no solo es V. el único que no sabe bailar; porque aquellos dos señores que ve V. ahí tampoco saben, y ya ve V. como se han prestado á bailar.

—Bien, haré lo que pueda.

—Ya estamos listos, dijo Pepita, ya puede comenzar el baile.

En efecto, rompió la música, y gracias á mi compañera no quedé del todo mal; á poco de que se concluyeron las cuadrillas gritaron, „contradanza,” y todos se apresuraron á elegir su pareja: yo me encontré indeciso sobre á quién iría á sacar, (porque ya me habían alentado las cuadrillas) pero Conchita acercándose á mi me sacó de mi incertidumbre, diciéndome, quiero que baile V. conmigo la contradanza.

—Acepto, le contesté, y tomándola de la mano me puse en la columna de ataque: rompió la contradanza y todos á un tiempo comenzaron á bailar y formar diferentes figuras. Allí me perdí la chaveta, ¡qué muchacha por Dios! con qué agilidad se movia cuando formábamos la figura; pero cuando mas me enarbolaba era en el vals, cuando enlazados nuestros cuerpos con nuestros brazos nos moviamos al compas de la música, no era dueño de

mi mismo.—Conchita, le decía yo, su cuerpo de V. quema.—Ella se reia; pero con una gracia que me encantaba.

—Por qué se rie V.? le decía.

—Porque es V. muy célebre.

—Célebre ó no, esto es mejor que andar á caballo.

—De veras?

—Se lo juro á V.

—Tanto le agrada á V. bailar?

—Mucho, y siendo con V. mas.

—No lo creo: lo mismo me decía V. cuando íbamos á caballo: el caso es que pronto se cansó V.

—Pero en el baile no me canso.

—Ahora lo veremos.

En efecto, por momentos se animaba el baile: mandaron tocar un vals por alto: aquí fué Troya, yo sudaba mas que una caldera de vapor, y sin embargo me mantenía firme en el puesto, al paso que la mayor parte iban desertando, hasta quedar tres parejas no mas, por lo que creí que se aproximaba el fin de nuestra jornada; pero me engañé, porque los que quedaban continuaron valsando en derredor, Entonces Conchita me dijo: V. dirá si seguimos á los señores: á pesar de estar ya cansado, el punto me hizo decirle que estaba pronto á seguir.

—Pues bien, demos primero un paseo antes de seguir; y mientras nos pasábamos, me dijo: ya veo que es V. incansable en el baile, sin embargo lo veo á V. muy fatigado.

—Eso consiste, le contesté, en que hace algun tiempo que no bailo; pero á pesar de eso todavía tengo fuerzas para continuar.

Volvimos á comenzar á valsar, los músicos, que segun parecia, querían que se terminase, tocaban con una precipitacion extraordinaria para cansar mas pronto á los valsadores. Yo sudaba á mares, sentia que mis piernas ya no me podian sostener, las otras dos parejas se habian retirado de la escena y solo nosotros quedabamos en pié; mi compañera por lo que observaba no mostraba haberse fatigado, por lo que me vi en la precision de decirle: ¿qué nos hemos de estar bailando todo el dia?

—Hasta que V. se canse, me contestó.

—Pues si solo en eso consiste, le declaro á V. que ya me cansé.

—Ya lo habia yo conocido, me dijo riéndose; pero queria ver hasta donde llevaba V. su capricho.

—Es V. muy cruel conmigo: si habia V. conocido que me habia cansado, porque no cesaba V. de bailar.

--Porque como me habia V. dicho que en el baile era incansable.

--Ya veo que V. todo lo lleva á puro y debido efecto.

Descansamos un rato, y se volvió á continuar el baile hasta muy cerca de ponerse el sol, á cuya hora se dispuso que nos volviésemos á México. Cada uno tomó su respectivo asiento en algun coche, y yo monté en mi caballo: ibamos á partir, cuando se me puso en la cabeza decirle á Concha, ¿quieré V. ir á caballo hasta México?

--Si á V. no le gusta llevar mugeres.

--Si me gusta: si V. quiere ir, vamos.

--Pero quien sabe si papá querrá.

--¿Por qué no ha de querer? y si no, pronto lo sabremos.--Me dirigí á Saturio que estaba en otro coche distinto, y le dije que si queria que llevase á Concha á caballo.

--Haz lo que quieras, me contestó; pero si te molesta no la lleves.

--No, qué me ha de molestar, antes por el contrario, me gusta que se diviertan.

--Pues vaya con Dios.

Al momento la monté en mi caballo y emprendimos la caminata. Con la agitacion del baile, Concha estaba tan hermosa como nunca la habia visto: yo iba enagenado de placer.

--Que delicioso es el campo, me dijo mi compañera de viage.

--Y mucho mas lo es cuando se halla uno al lado de una muger encantadora.

--Pero muy triste, cuando es alguna muger á quien no la adorna ninguna gracia, ¿no es verdad?

--Puede suceder; pero yo hablo por lo que ahora me pasa.

--V. se burla de mí.

--No tal; le juro á V. hermosa Conchita, que al lado de V. todos los objetos que me rodean me deleitan.

--Siempre está V. de humor de chancearse. --No es chanza, lo digo con formalidad.

--Si estuviera V. al lado de otra jóven á quien habrá ya dado su corazon, concedo.

--Mi corazon es libre, lo juro á V., ó por mejor decir, lo era ayer, hoy ya no lo es.

--No entiendo á V.

--Tal vez V. no quiere entenderme; porque quién si no V. podia haberse hecho dueño de mi corazon?

A estas palabras se encendieron mas los colores de Conchita, bajó los ojos y guardó silencio por un gran rato. Yo me enagenaba á coctemplarla en aquellos momentos ¡Dios mio yo no era dueño de mis acciones; yo la estrechaba suavemente en mis brazos y sentia que temblaban sus delicados miembros. Por último, le dije: Conchita V. parece que se ha ofendido.

--Por qué me habia de ofender? ¿por solo una chanza?

--No, no es una chanza: lo que le acabo de decir á V. ha salido de lo íntimo de mi corazon; pero si V. ama á otro no la volveré á molestar con mis imperfinencias.

--Yo no amo á otro, me dijo.

--Pero tampoco me ama V. á mí ¿no es esto?

Un profundo silencio se siguió á estas palabras.--Pues bien, continué, si V. no me ama no por eso dejaré de apreciarla.

--Que injusto es V.

--No tal, no hago mas que hablarle á V. como un verdadero amigo.

En esto llegamos á México y tuvimos que separarnos, pero antes me dió Conchita algunas esperanzas, y con ellas volví á mi casa mas opulento que si hubiera adquirido las riquezas de Creso.



## LIBERTAD DE LA HISTORIA

POR EL BARON JOSE DE MANNO DE LA ACADEMIA DE TURIN. (1.)



**P**ARA comprender bien cual es la extension de la libertad de la historia, es preciso fijar con toda claridad hasta qué punto les es permitido á los escritores revelar las acciones de los demas hombres, y juzgar de ellas, y sobre todo, de los hombres que han dejado de existir. Los muertos no pueden defenderse, y en el juicio siniestro que se forma de ellos se hostiliza siempre, asallando sin el menor temor de las represalias; así es necesario proteger mas su reputacion que la de los vivos, pues estos están bajo la salvaguardia del temor que por lo comun inspira la reciprocidad. Al efecto, debe hacerse una distincion entre las personas que han dirigido los negocios ó las opiniones públicas, y los que han tenido una vida privada.-- El hombre colocado por sus derechos ó por su fortuna en una posicion elevada, atrae hácia sí las miradas de los contemporáneos, y hace que se fije en él la atencion de la posteridad segun la parte mas ó menos activa que ha tomado en los grandes negocios de su época. De este modo la alabanza general y duradera compensa los trabajos que ha emprendido por el bien público, así como el desprecio ó la indignacion acompañan á su nombre y siguen á su memoria, si abusando de su poder ha causado la desgracia tal vez irreparable en muchas generaciones.

Por esta razon la vida de los hombres de que hablamos, puede considerarse como un gran proceso. Los contemporáneos reúnen las noticias, los razonamientos, los hechos patentes ó dudosos, las conjeturas y los indicios con la variedad y con las contradicciones que se encuentran siempre en boca de los testigos que de algun modo están afectados. La posteridad viene despues tanto mas justa cuanto mas distante se encuentra de todo aquello que pue-

de perjudicar á su imparcialidad; pronuncia su fallo, y la historia colocándolo en sus páginas inmortales, corona ó marca para siempre á todos aquellos cuyo nombre resiste al transcurso de los siglos, y cuyo recuerdo no se ha borrado con los intereses nuevos que cada edad trae consigo. Así pues, ¿la vida de tales hombres pertenece toda y exclusivamente al dominio de la historia? ¿Será permitido penetrar hasta los mas ocultos rincones de su vida privada y publicar sus secretos domésticos? La cuestion es importante, y para poderla resolver, se debe considerar atentamente la naturaleza de estos secretos.

Podria decirse primeramente que para los hombres de un rango elevado, no hay, hablando con propiedad, una vida privada. Los hombres de una posicion elevada se asemejan en algo á los cuerpos celestes, cuyos movimientos, aberraciones y eclipses observa todo el mundo, mientras que los objetos terrestres solo se ven en un espacio muy limitado; á esto se agrega que la rectitud, la magnanimidad, el buen sentido y todas las demas virtudes necesarias para el manejo de los negocios públicos, están fundadas sobre las mismas cualidades del corazon y del espíritu, que se han manifestado mas ó ménos, pero no son diversas, bien sea que hayan sido empleadas en bien universal, ó bien que hayan servido para la dicha doméstica. Así es que las acciones privadas adquieren en los hombres públicos un grado de importancia que no tienen las acciones de los hombres comunes, y aun algunas veces se atiende mas á esas acciones privadas, que á los hechos mas notorios, cuando se trata de juzgar del verdadero mérito de los hombres: porque las acciones públicas dignas de consideracion en estos juicios, no pueden reproducirse frecuentemente, en tanto que las acciones privadas que se suceden diariamente, realzan el mérito para

[1] Publicamos este artículo conforme ofrecimos á nuestros suscritores en la nota de la página 106.--[Los redactores.]